

Reseñas

Andrés Morales. *Romper los ojos*. Santiago: Red Internacional del Libro-Café Central, 1995.

Memoria que (des)cifra la palabra pronunciada por el grito. El enigma, la secreta reunión transparente, espacialización superando el límite de los referentes. La poesía hace eco de un signo polisémico, cuya imagen-verbo es la sublimación de un deseo fragmentado por la certeza del derrumbe. Portadora de un colapso, de una pasión incontenida, abolición del continente por sobre la desesperación, la herida del contenido: "la pasión que desnuda, desgarrar, deshace."

Las imágenes metamorfosean una identidad definitiva, la proliferación de una escritura candente; el poeta Andrés Morales manifiesta la voluntad que respira un ritmo nocturno: la noche entra en sus palabras y configura el dolor de una oscuridad visitada multitudinariamente por esa muerte que se (de)construye en lo incesante y reiterativo: fractura matriz, actualizada en lo sugerido. Permanencia y voluntad de transfiguración de un hablante lírico que declara el acontecimiento de la pérdida, la radicalización de un sujeto-en-devenir reconfabulando la última con el vacío. El retrato es daguerrotipo fragmentado, la presencia, el estar ante un referente que se interroga en el preciso momento en que se escapa, ahí su seductora impredecibilidad de lo fatal. Abolición de una pérdida que no se sustituye, pero sin embargo permanece detenida al margen originando esa secreta complicidad que significa trabajar con las sombras: "el hombre que come palomas/desengañó la muerte mordiendo la noche./recuperó los gritos, la herida, paloma,/adivinó el secreto del odio secreto." El trabajo gris de la sinécdoque señala el doble filo de un lenguaje críptico, la articulación descendente, la mordedura tajante donde restaña la violencia sanguínea, el desasosiego de una herida hecha palabra irrehabitable. Consumación oscura: su poesía vuelve de un bagaje transparente. El dolor es matriz en potencia, marcado por la fatalidad y el rigor de una existencia desolada. *Por ínsulas extrañas* (1982), *Soliloquio de fuego* (1984), *Lázaro siempre* (1985), *No el azar* (1987), *Verbo* (1991), *Vicio de belleza* (1992), son algunos de sus

HPR/109

libros. Un deseo oculto que no esquivo la batalla con la muerte celebrando el asombroso encuentro con el sustrato primigenio y originante (el verbo, fundamento y testimonio del arrojamiento del ser), el retorno a la primera palabra; la poesía en Andrés Morales rompe desde el fuego la mirada incandescente, incendio de la imagen, carcajada insuficiente, la noche derramada en la tempestad ocular. Impaciencia desnuda de otra sombra señalante, las palabras se transfiguran en la fractura, el intersticio como imagen clandestina, escenificación y pérdida del objeto observado. Un eje escatológico, cuyo centro se manifiesta como el lugar desde donde se articula la desesperación. Conciencia radical como principio de contemplación perturbadora, su temple de ánimo anula el ritmo del acontecimiento como fenómeno de observación. La reflexividad del hablante lírico conjuga una realidad de ruptura, o tal vez debiera decir la unidad de la ruptura es transgresión de la imagen interrogada. Si hablamos de espejos abismantes en esta poesía surge una voz oscura, eco del silencio: "Tantas veces nos quedamos sin hablar/Tantos cielos sin estrellas retumban." No sólo el hablante lírico forja desde la ruptura su propia imagen, sino también los objetos que interroga y perturba en la (de)sacralización que propone la fijeza de su escritura. En su "Arte Poética" leemos: "Es decir, que observar es perturbar. Lejos de mí la teorización del proceso creativo, pero, ¿qué hace un poeta entonces? ¿Acaso al escribir no deforma lo que observa? Perturba su entorno, perturba su propio corazón y su cabeza, perturba la forma, el contenido, el estilo" (*Veinticinco años de poesía chilena*). Ahora bien, si rastreamos la perturbación a la que se alude más arriba, nos encontramos con un eje retórico que funciona como búsqueda y (de)velamiento que espacializa un territorio abolido por la sinestesia que lo re-cita. El sujeto no se estratifica en la proliferación de la angustia que subvierte los elementos, sino que manifiesta la reflexión poética como imago-mundi, la palabra secreta del solitario: "de sol a sol oscuro,/desde entonces,/el patio de ese ciego/sin la luna,/el patio sin el padre/que nos llama."

Hipercodificación de la condena reflejada, la proliferación de una imagen que declara el signo de su persistencia "la Muerte, el

HPR/110

Tiempo y el Espacio, que la escritura pone en relación, para definir la esencia del ser y de la circunstancia humana" [*Signos*, XXVII (1995)]. Ruptura de una temporalidad que ha profanado las esencias, inauguración de un tiempo sagrado y su fijeza. Alegoría y anáfora, (des)articulan el conjunto de una pertenencia que para manifestarse vuelve al reflejo de su vacío: "La rueda vuelve siempre al centro de su cielo y todo se detiene y habla y permanece".

En *Romper los ojos* se expande un registro semántico que es matriz (origen y campo de significación) e impulso de una rupturalidad, si se me permite el alcance existencial y óptico del fenómeno, cuyo doble y simultáneo principio de (des)articulación develan o actualizan el origen y finalidad de su transgresión. Los ojos, polifonía de la ruptura, crisol y prisma caleidoscópico por donde entra el conocimiento de una realidad ya abolida, la imagen y su reflexividad, generan un espejo de alteridad sinestésica, los elementos son definitivamente perturbados. En este goce por la seducción nos enfrentamos a la imagen sub-vertida y a su negación como expectativa. Tentativa caótica por lo originante, el vidente visita un territorio fragmentado por su palabra, soledad de un mundo visceral por el cual vaga una voluntad des-cifradora y perenne: "Imagina que tus ojos van despiertos/al ácido, la cal, la mar salada/ ...Imagina tu silueta o el perfil/del mármol brillante en la escalera./ Imagina el frágil ritmo de tus pasos/que bajan al infierno sin condena." El orfismo del viaje, el descendimiento, no es sino el desdoblamiento del vigía que se instala en el lugar mismo, la exaltación y montaje de su propio canto. El homenaje es el doble del objeto observado que estalla en la mirada que lo consume y sacraliza en la memoria precipitada, en el derramamiento celebratorio de la pureza: "Nada ha de tocarte ni te toca,/sólo el viento se derrama por tu cuerpo." El poema "Desnudo" dispersa el signo del deseo y su pronunciamiento alegórico y evocativo. La inorganicidad esencial de los elementos emerge de una memoria distinta, de un contexto subjetivo, de un desprendimiento que confirma la condición transitoria de la experiencia y la colectividad gravitante de la muerte. Así en la segunda etapa del libro, DIFUNTOS, el hablante circunda para descubrir,

HPR/111

habitando desde la seducción una escritura metamórfica sobre un cuerpo al que se entrega como una página silenciosa y abierta, desde entonces ruta de la pérdida, bifurcación de la palabra, equívoco y ausencia después de la ruptura. El no-lugar en los ojos abrasados y detenidos, la noche como identidad reflexiva de referentes fatales: "Aguilas y páginas heridas, carroña repartida en el desierto".

El viaje y las expectativas de la aventura le otorgan un sentido distinto a la tercera parte y final del libro. El sujeto autorial ha manifestado una forma consensual en la estética polivalente de sus palabras, contempla su propia fuga como caída, negando la temporalidad y el espacio de la escritura, configurando las señales del retorno al silencio, desembarcando en el incendio: "Y el grito no quedó/y no fue entonces/la piel quemada por los ojos,/sino la carcajada del demonio." Erotismo y consumación agónica, exorcismo apocalíptico inscrito en el origen (Génesis, III, 4), la realidad se sitúa desde el desencanto que se rescata a sí mismo como proceso retrospectivo y potencia (re)generadora del deseo, como alteridad y principio del acto: "(sólo entonces)/escribo tus palabras en mi boca/las oigo -sin cesar- esas palabras/uniéndonos, rompiéndonos la noche." La oscuridad imprecisa y abandono rompen las identidades en un espectáculo de placer, azar y extravío. Pronunciamiento que destruye todo lo que mediatiza, sellando con la negación, la existencia de un sujeto que habite su entorno como posibilidad de aprehender el universo. La no pertenencia como principio de observación. La TRAVESIA por los elementos interrogados a través de la memoria delatan una voluntad transfiguradora del eco que la perturba: "Así que la amada desangre su pecho/y un niño le limpie la piel confundida...pensando y riendo en el fin que se acaba,/en la roma palabra del hueso en la tierra."

Mateo Goycolea Toro
Universidad de Chile